

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO X



C. S. I. C.
1974
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo X



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

MADRID, 1974

S U M A R I O

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

- Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1973, por *Francisco Arquero Soria* 9

ESTUDIOS

- Los Oficiales del Concejo en el Fuero de Alcalá de Henares, por *José Luis Bermejo Cabrero* 17
- Origen, evolución e incidencias acerca del Archivo de Villa de Madrid, por *Agustín Gómez Iglesias* 29
- El Monasterio de San Jerónimo el Real, de Madrid, por *Aurea de la Morena* 47
- Comentarios en torno a si una viñeta de Madrid en Pedro de Medina es la primera representación gráfica de la Villa, por *José María Sanz García* 79
- La despedida de Carlos Estuardo, Príncipe de Gales, en El Escorial (1623) y la columna-trofeo que se levantó para perpetua memoria, por *Gregorio de Andrés*. 113
- El arquitecto Marcos López y el convento de las trinitarias descalzas de Madrid, por *Virginia Tovar Martín* 133
- Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (Continuación), por *Mercedes Agulló y Cobo* 155
- Teodoro Ardemans, Maestro Mayor de las Obras de la Villa de Madrid y su Fontanero Mayor, por *José del Corral* 171
- «Alonso de Covarrubias en la iglesia de Santa María Magdalena de Getafe: estudio y documentación. Año de 1549», por *María Pilar Corella Suárez* 199
- La población de la provincia de Madrid en el censo de Aranda (1768-69), por *Fernando Jiménez de Gregorio* 229
- Noticias sobre el Real Sitio de San Fernando y sus Reales Fábricas, por *Aurora Rabanal Yus* 257
- Guía cuaresmal para la Villa y Corte en 1769, por *Francisco Aguilar Piñal* 295

Nuestros amigos los libros. Puntualizaciones sobre un abanico notable, por <i>Matilde López Serrano</i>	305
El botánico madrileño E. Boutelou y el arte y ciencia de la agricultura vinícola jerezana, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	309
Intelectuales y artistas en la Milicia Nacional de Madrid, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	319
Nuevos datos sobre el «Manual de Madrid», de Mesonero Romanos, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	341
Papeles y retratos de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	347
El Escorial. De Real Sitio a núcleo turístico-residencial	363
«Madrid», nombre universal, por <i>Antonio Aparisi</i>	403
Algunas consideraciones sobre la situación urbanística de Madrid, por <i>Miguel Molina Campuzano</i>	423
Madrid y La Mancha. (Notas geográficas), por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	453

TEXTOS

Madrid en la obra de Cristóbal Suárez de Figueroa, por <i>Angeles Arce Menéndez</i> .	465
Dos sainetes madrileños olvidados. Edición de <i>Joaquín de Entrambasaguas</i>	477

BIBLIOGRAFIA

Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	497
Bibliografía artística madrileña (1973), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	503

INDICES

Indice general de autores de los tomos I-X de los ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	513
--	-----

LA DESPEDIDA DE CARLOS ESTUARDO, PRÍNCIPE DE GALES, EN EL ESCORIAL (1623) Y LA COLUMNA-TROFEO QUE SE LEVANTO PARA PERPETUA MEMORIA

POR GREGORIO DE ANDRÉS

La llegada inesperada a Madrid de Carlos Estuardo, Príncipe de Gales, hijo de Jacobo I, rey de Inglaterra, al anochecer de un 7 de marzo de 1623, causó honda impresión y una desconcertante sorpresa, desde el rey hasta el más humilde habitante de la corte. Su motivo, al menos aparente, era poder solventar, con su presencia física, todos los obstáculos religiosos y políticos que se oponían a su unión matrimonial con la princesa María, infanta de 17 años de edad, hermana del monarca Felipe IV, nacida en El Escorial el 18 de agosto de 1606.

Las relaciones tan tensas entre ambas naciones en la época de Felipe II se habían suavizado de tal modo que habían entrado en una aparente amistad, gracias a la habilidad diplomática del culto embajador español, Conde de Gondomar, quien, para sellar esta amistad entre ambas coronas propuso la alianza matrimonial entre ambos príncipes; pareció tal enlace conveniente y ventajoso tanto al hijo como al nieto de María Estuardo, no sólo por fines políticos, sino también por motivos sentimentales.

El impedimento mayor que obstaculizaba tal unión era la diversidad de culto, a lo que era tan sensible el profundo sentimiento religioso del pueblo español, pero el animoso príncipe inglés esperaba dar una solución aceptable por ambas partes, viniendo personalmente a Madrid.

A un desenlace feliz contribuirían las excelentes dotes que realizaban la persona del pretendiente: como su valentía, elegancia, atractivo físico, su sentido espiritual de la vida, su honda afición por las cosas bellas y su romanticismo; lo cual unido a sus 23 abriles, atrajeron rápidamente la admiración, primero, y el cariño, más tarde, de las gentes sencillas de Madrid.

No vamos a referir la historia de estos seis meses, con sus múltiples anécdotas e incidentes, de residencia en la capital española de tan ilustre huésped, ni los festejos celebrados en honor del pretendiente tanto a la corona inglesa como a la mano de la infanta española, puesto que numerosas relaciones de la época nos las describen detalladamente, escritas por la pluma de relacioneros que fueron testigos de estos acontecimientos.

Ni menos vamos a detenernos a referir las variadas reuniones, consejos, deliberaciones, consistorios y consultorios para tratar de la conveniencia política y, sobre todo, religiosa de la unión matrimonial entre dos príncipes de diferente credo religioso. La historia no ha puesto en claro todavía quiénes fueron los auténticos causantes del completo fracaso de este noviazgo que llenó de esperanzadoras ilusiones no solamente a los ánimos de los novios, sino también al de todos los españoles, aunque la opinión pública señaló a la persona del primer ministro, don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares.

En mi opinión, si la boda se hubiera llevado a cabo, no creo que hubiera tenido las consecuencias tan optimistas, sobre todo religiosas, que la ilusión popular puso, y, lo que es indudable, si la trayectoria histórica hubiera seguido el mismo camino, nuestra princesa hubiera llegado a ser «la triste reina», como esposa de un rey muerto decapitado en el cadalso de White Hall en 1649.

Una de las facetas curiosas de este Príncipe de Gales fue su extraordinaria afición a coleccionar objetos artísticos durante su estancia en España; cualidad que apenas ha sido resaltada por los historiadores hispanos, ni se ha llegado a conocer en detalle la cantidad de obras de arte que, por donaciones o compra, se llevó de España, adquiridas durante su permanencia de seis meses.

Esta característica no pasó desapercibida a los madrileños, cuando escribía Lope de Vega, «el príncipe hizo buscar con notable cuidado todas las mejores pinturas que se pudieron hallar, las cuales pagó y estimó con excesivos precios»¹.

Así nos refiere una relación coetánea que en la almoneda de los bienes del Conde de Villamediana compró todo lo artístico que se puso a subasta, como una excelente pintura, «La dama del abrigo de piel», de Ticiano, que fue vendida más tarde, en 1650, en la almoneda de sus bienes en Londres y hoy se conserva en el Museo Nacional de Viena². Adquirió en la almoneda de bienes de Pompeyo Leoni algunos dibujos originales. Consiguió también en Madrid

¹ CARDUCHO, Vicente: *Dicho y deposición sobre el pleito de los pintores*, Madrid, 1633, páginas 166 y 156.

² WETHEY, Harol E.: *Titian. The Portraits*, London, 1971, pág. 106.

otra obra magnífica de Ticiano, «Carlos V con un perro»; este cuadro volvió a España comprado en la citada subasta londinense; hoy está expuesto en el Museo del Prado bajo el número 409.

El Almirante de Castilla «envió al Príncipe seis pinturas originales, y el santiaguista Jerónimo de Funes y Muñoz, cuya mansión ornamentada de valiosos cuadros, pues, "no había en España quien le igualase", había merecido el honor de ser visitada por el Príncipe inglés, siendo obsequiado con dos pinturas de Ticiano y una de Fernández Navarrete el Mudo»³.

Las relaciones contemporáneas nos informan que Felipe IV, como regalo de despedida, le hizo el obsequio de dos valiosos lienzos: la Venus del Pardo de Ticiano, un lienzo grande de pastores y sátiros, y la Virgen con el Niño y San Juan de Corregio. No conocemos en detalle los cuadros que le donó el dominante Conde de Olivares, quien, según nos informa la relación que publicamos en apéndice, le agasajó con muchas dádivas, «demás de diversas pinturas». Los lienzos de Ticiano «Las fábulas», obsequio del rey, fueron empaquetados para Londres, a su partida, pero «con los nuevos sucesos se quedaron».

A tanto llegó su ilusión de poseer obras de arte en España, que llamó de Inglaterra a un pintor inglés, John Cross, para que le copiara aquellos cuadros que no podía conseguir por donación ni compra; efectivamente, Cross le hizo las copias ordenadas tanto en Madrid como en El Escorial, especialmente de originales de Ticiano. Mejor suerte tuvo en Italia en 1627 al adquirir toda la colección pictórica, tan valiosa, de Gonzaga de Mantua, compuesta de lienzos de los más famosos pintores italianos, como la Perla de Rafael; la cual, más tarde, por las diligencias del embajador español en Londres, Alonso de Cárdenas, se trajo a España con otras excelentes pinturas procedentes de la almoneda de los bienes de este infortunado monarca⁴.

Aunque su afán se centró principalmente en la adquisición de valiosos cuadros, también puso un vivo interés por llevarse a su país dos manuscritos de Leonardo de Vinci, uno, el tratado de la Fortificación (B. N. ms. 8937) y el otro sobre Estática y Geometría (B. N. ms. 8936) que poseía el clérigo don Juan de Espina en su mansión «embrujaada», al decir de las gentes, abreviatura de las maravillas de Europa, según Quevedo, a donde acudió el Estuardo a contemplarlos. Pero su dueño se negó rotundamente a deshacerse de ellos bajo ningún precio, a pesar de las tentadoras ofertas⁵.

³ Cf. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2513, f. 70r-v.

⁴ WETNEY, *op. cit.*, pág. 56.

⁵ SÁNCHEZ CANTÓN, F. J.: *Los manuscritos de Leonardo que poseía don Juan de Espina*, en *Archivo Español de Arte*, XIV (1940-1941), págs. 39-42; CARDUCHO, Vicente: *op. cit.*, página 156v.

Aunque el Príncipe Carlos fracasara en sus intentos de llevarse personalmente los dos valiosos códices de Vinci, pero quedó con la ilusión de que tarde o temprano lograría hacerse con estas joyas bibliográficas. Para ello encargó a su gran amigo Thomas Howar, Conde de Arundel, que mantuviera constantes contactos con la embajada inglesa en Madrid sobre este asunto. En consecuencia, escribía éste al embajador inglés Francis Cottington en 1629: «Que no olvide el libro de dibujos de Leonardo de Vinci que está en manos de don Juan de Espina»; en 1631 contestaba otro embajador, Arthur Hopton, al urgirle este negocio: «Estaré muy sobre aviso»; en 1636 presionaban desde Londres al embajador Lord Aston: «Suplicole esté atento al libro de don Juan de Espina»⁶.

Tantas instancias se estrellaron ante la obstinada resistencia de Espina a tales presiones inglesas, salvándose los dos manuscritos de salir de España gracias a las previsoras diligencias de su testamento, en que disponía que ambos libros pasaran a poder del monarca, Felipe IV, para que así quedaran en la nación a través de la corona. *Rara avis* de patriotismo, cuando ha habido tantos y tantos ejemplos de todo lo contrario. Hoy se conservan los dos códices Vincianos en la Biblioteca Nacional de Madrid. Semejante fracaso sufrió el Príncipe de Gales al pretender adquirir el célebre Codex Atlanticus de Vinci en Milán por 1.000 doblones de oro en 1630⁷.

Según afirmaba un contemporáneo no dejó «en la corte cosa de estima que no se la llevase». Apenas conocemos los objetos artísticos con que se le obsequió en las diversas ciudades que atravesó en su regreso desde Madrid a Santander. Parece que en Valladolid le ofrecieron algunas pinturas de Rafael y Miguel Angel (probablemente copias de Pedro Faccheti) y la fuente de piedra de alabastro que el Duque de Mantua regaló al Duque de Lerma en 1603 a través de Rubens, si es que es se pueden interpretar en este sentido las palabras del relacionero Andrés de Mendoza «que gustó de algunas pinturas... y sirviósele con ello»⁸.

De todo lo expuesto, cabría sospechar si el viaje de este Estuardo a España con el fin aparente de llegar a contraer matrimonio con la infanta española no fuera más que un pretexto y el auténtico propósito fuera llevarse cuanto objeto de arte se pusiera a su alcance, y no fueron pocos, puesto que

⁶ *Ibidem*, pág. 41.

⁷ CORBEAU, André: *Les manuscrits de Leonard de Vinci*, Caen, 1968, pág. 155.

⁸ «Relación de la partida del serenísimo Príncipe de Walia que fue a nueve de septiembre, deste año 1623», fol. 4r (B. N. V/226-6).

se fue con las manos llenas. Podría ser una corroboración de esta hipótesis, el escaso interés que puso, a su vuelta a Inglaterra, por llevar a cabo este proyecto matrimonial, casándose al poco tiempo con una princesa francesa y, más aún, declarándonos dos años más tarde, 1625, la guerra. Las tropas inglesas llegaron a desembarcar en Cádiz, pero fueron repelidas por las fuerzas de Fernando de Girón y del Duque de Medinasidonia. Tal es la política: el arte de engañar, que a veces se revuelve contra sus devotos y son los engañados; así terminó tan desgraciadamente Carlos I de Inglaterra.

Dando fin a esta digresión, pasamos al tema principal de este estudio que es referir la despedida del Príncipe de Gales en el Escorial el 12 de septiembre de 1623 y la descripción del monumento que se levantó en el lugar de este acontecimiento.

La primera intención de Felipe IV fue acompañar a su real huésped hasta el palacio de Valsain y tener allí la despedida, pero desistió en vista de las justas demandas del inglés, ante el peligro que suponía pasar el puerto de la Fuenfría estando la reina en estado avanzado de gestación. Se determinó pues hacerla en El Escorial.

Partieron de Madrid al amanecer del sábado 9 de septiembre de 1623, con numerosa comitiva, formada por toda la familia real y la corte en pleno, a la que se añadía el numeroso séquito inglés, que acompañaba a su Príncipe. No era la primera vez que éste iba a El Escorial; ya que, en el mes anterior, consta que había visitado detalladamente la Octava Maravilla.

Al día siguiente, domingo, recorrieron todas las ricas dependencias del real monasterio, mostrándosele sus alhajas, pinturas y objetos preciosos que le producían una gran fruición, dada su inclinación por todo lo artístico. Se cuenta que durante esta breve estancia logró el propio Velázquez hacerle un retrato, que hoy se considera perdido.

Al día siguiente, salió en comitiva a visitar las fincas próximas, como el Castañar, La Herrería, Las Radas y especialmente La Fresneda, donde había un pequeño palacio y convento que tenían adosados cinco espléndidos lagos artificiales de singular belleza que agraciaban tanto a este espacioso y deleitable parque. Al decir del P. Sigüenza «despiertan en el alma unos como asomos del paraíso o visibles cielos de la gloria»⁹.

Al mismo tiempo, dedicaban sus ratos libres a la caza, tanto mayor como

⁹ SIGÜENZA, P. José de: *Historia de la Orden de S. Jerónimo* (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. 12), Madrid, 1909, pág. 646.

menor, que tan copiosa era en estas dehesas, diversión favorita de Felipe IV, a la que se entregaba con una pasión desmesurada.

Finalmente, el martes, día de la despedida, continuaron las batidas cinegéticas hasta la tarde, dirigiéndose la numerosa comitiva hacia uno de los más feraces predios que poseía el Monasterio, llamado El Campillo, enseñoreado por un viejo palacio, acomodado ya por Felipe II como pabellón de caza, en donde se celebró una copiosa merienda. A su término partieron todos hacia el lugar de la despedida, en un extremo de la finca, en que se yergue un altozano, denominado Mata Guadarrama, coronado de un risco vetado de rocas de cuarzo, desde donde se divisan amplios horizontes limitados, al norte, por las altas cumbres de la sierra de Guadarrama.

El monarca español y el príncipe inglés se apartaron de la multitud hacia un peñón del cerro, donde conversaron a solas, prometiéndose sincera fidelidad y amistad perpetua. Aunque en política no haya más perpetuidad que el presente como evidenciaron los futuros acontecimientos.

Por fin, abrazó efusivamente, como última despedida, al rey; a continuación a la reina, Isabel de Borbón, y al príncipe heredero, Baltasar Carlos; luego al hermano del monarca, Fernando, el futuro Cardenal Infante, al primer ministro, don Gaspar de Guzmán, al Marqués del Carpio, etc.

Una vez concluida la despedida entre la comitiva española y el séquito inglés, el Príncipe de Gales se puso en camino «en un coche de 24 mulas, las mejores que se han visto en Madrid», en dirección al pueblo de Guadarrama, donde iba a pernoctar. Al parecer había preparado el hospedaje su ministro Buckingham, saliendo anticipadamente. Entre la nobleza española que acompañaba al Estuardo hasta Santander, lugar de embarque, se veía al Cardenal Zapata, al Marqués de Aytona, al Conde de Monterrey, al Marqués de la Hinojosa, al Conde de Barajas, a los doce gentiles hombres de boca, etc.

El monarca español quiso perpetuar este acontecimiento de tan emotiva despedida y la honda impresión que le causó, ordenando erigir en el altozano de Mata Guadarrama una columna-trofeo a estilo de obelisco, a imitación de los antiguos griegos, quienes solían levantar tal monumento en el lugar en que habían conseguido plena victoria, para evocar su recuerdo a la posteridad.

Es natural que se encargara de esta obra el «maestro mayor y trazador de obras reales» Juan Gómez de Mora¹⁰, quien erigió esta columna de piedra de granito de unos cinco metros de altura y de un perímetro de unos dos metros,

¹⁰ MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *El Panteón de S. Lorenzo del Escorial*, en *Archivo Español de Arte*, 32 (1959), pág. 201.

formado de dos piezas de la misma longitud que se ensamblaban, por medio de un pivote que se introducía en la pieza superior, a fin de asegurar su estabilidad. El grosor de la columna disminuía gradualmente hacia el extremo superior.

Además, una inscripción latina campearía para informar a los transeúntes sobre el motivo de su erección y el suceso acontecido en ese lugar un 12 de septiembre de 1623. Como nos refiere el relacionero Andrés de Mendoza ¹¹, la composición de la leyenda se encargó al jesuita P. Hernando Chirinos de Salazar, quien ocupaba el alto cargo de predicador del rey y confesor del Conde de Olivares. Era descendiente del famoso Chirinos, médico de Juan II de Castilla. Tenía a la sazón 47 años, ya que había nacido en 1576 en Cuenca; era profesor del Colegio Imperial, donde impartía la enseñanza de gramática y escriturística, siendo autor, más tarde, de varias obras sobre exégesis bíblica ¹².

El texto de la inscripción del P. Salazar traslucía un estilo ampuloso, hiperbólico, amanerado y con reminiscencias virgilianas. Se dividía en tres partes: en la primera, se indicaba el lugar y el motivo; a continuación, se narraba el acontecimiento allí sucedido; por último, se nombraba a los personajes más conspicuos, presentes en la despedida. Creo muy probable que estuvo allí el propio autor de la inscripción P. Salazar.

Su texto latino es el siguiente:

Hic ubi fausta sors tulit ad praerupti montis radices,
in late patenti Campillo, solemnii Regum venatione nobili
sed insolentis rei eventu longe nobiliori.

Philippus Quartus Hispaniarum Indiarumque Rex catholicus,
et Carolus serenissimus Waliae Princeps pactis cum Maria
serenissima infanta nuptiis, ad quas (i fama per orbem) in Hesperiam
propererat, dexteras dederunt et in amplexus peramantes ruentes,
pacis et amicitiae aeterna foedera pepigerunt.

¡O magnum et invictum regum par sine pari!
Nullus mehercule Hercules contra duos.

¹¹ ALMANSA Y MENDOZA, Andrés de: *Cartas. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes, 1621-1626*, Madrid, 1886 (Colección de libros españoles raros y curiosos, volumen 17), págs. 240-241.

¹² Cf. ANTONIO, Nicolás: *Bibliotheca Hispano-Nova*, Madrid, 1783, págs. 372-373; SOMMERVOGEL, C.: *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, II, Bruxelles-Paris, 1891, págs. 1148-1151; SIMÓN DÍAZ, J.: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, I, Madrid, 1952, págs. 55, 58, 63, 123 y 549.

Ipsi potius contra omnes (perfidia fredente et invidia)
duo Alcidae solo saloque insuperabiles.

Siste Fama, non plus ultra.

Viderunt, suspexerunt, stupuerunt duo Austriacae sobolis
incrementa maxima, Carolus et Ferdinandus serenissimi infantes,
Gaspar Olivariorum excellens Comes, a belli statusque consiliis,
sacri cubiculi ac regii stabuli praefectus;

Didacus Carpentis Marchio, cui fas per sacratoris aulae limen.
Ex Britannis, Ioannes Comes Bristolius, orator extra ordinem;
Guilielmus Castonius legatus ex munere;

Baro Kensingtonius praetorianae militiae Britannicae princeps.

Posteritati sacrum.

Su versión castellana, tal como la vertió Juan Baños de Velasco con sabor de la época es la siguiente ¹³.

Aquí donde se celebró esta despedida, a las faldas del
encumbrado monte, en el espacioso y ancho Campillo,
ennoblecido por la caza de los reyes, pero mucho más por este suceso.

Felipe IV, católico rey de España y de las Indias y Carlos,
serenísimo Príncipe de Gales, capituladas las bodas con María,
serenísima infanta, a que había venido (corra la fama de
semejante novedad por el orbe) desde Britania al interior de España, se dieron
aquí las manos, y, abrazándose estrechamente, con indisoluble
vínculo de eterna paz y amistad.

¡Oh grande e invicto Rey! ¡Oh sin par! Hércules mío,
no hay Héscules contra dos, antes estos dos Alcides
insuperables en mar y tierra harán rostro a todos
a pesar de la rabiosa perfidia.

Detente Fama. Que no hay más donde volar.

Miráronlo y estuvieron presentes los dos grandes descendientes de la casa
de Austria, Carlos y Fernando, serenísimos infantes; el excelentísimo
don Gaspar, Conde de Olivares, del Consejo de Estado y Guerra,
de la Cámara del Rey, su caballerizo mayor;
y el Marqués del Carpio, también de la Cámara.

De los caballeros de Britania, Juan, Conde de Bristol,
embajador extraordinario; Gualterio Astonio, embajador
y el Barón de Kensingtonio, capitán de la guarda del Príncipe.

Dedicado a la posteridad.

¹³ BAÑOS DE VELASCO, Juan: *Sexta parte de la historia pontifical*, Madrid, 1678, pág. 38.

El monumento quedó erigido a poco tiempo de la despedida ¹⁴, probablemente a finales del mes de octubre, puesto que el relacionero Andrés de Mendoza nos relata la despedida en una hoja volante que editamos al final; está impresa en el mes de octubre, en donde nos dice «se mandó levantar un trofeo con la inscripción del suceso en el lugar de la despedida». En una carta fechada el 18 de noviembre de 1623, por la que Andrés de Mendoza refería los sucesos de aquellos días, especie de gacetilla, se nos transcribe la inscripción indicando su autor: «Inscripción o epitafio del trofeo que se levantó en el lugar donde se despidieron el rey y el Príncipe; hizola el P. Hernando de Salazar, predicador de su Majestad» ¹⁵. Luego hay que deducir que ya antes de esta fecha estaba levantada la columna-trofeo en el altozano de Mata Guadarrama de la dehesa del Campillo.

Al mes siguiente, 6 de diciembre de 1623, escribía el embajador inglés en Madrid, Conde de Bristol a su amigo Mr. Chamberlain anunciándole el envío del texto del rótulo con estas palabras que traduzco del inglés: «Te envío la inscripción de una columna que ha sido erigida en el lugar en que el Rey de España y nuestro Príncipe se separaron; en ella ha sido completamente olvidado el Duque de Buckingham, como si fuera un don nadie en la comitiva» ¹⁶. Creo que no estuvo presente en el momento de la despedida.

Al año siguiente, 1624, divulgaba esta inscripción por Francia una gaceta de noticias muy leída en aquella época, denominada *Le Mercure François* que reproducía el texto latino.

Años más tarde, 1628, un escocés, David Colville, que había vivido durante diez años en el monasterio de El Escorial, ejerciendo el cargo de bibliotecario y que estuvo presente, sin duda en la despedida en El Campillo, enviaba desde Turín a los jerónimos de El Escorial, la inscripción que había leído en el *Le Mercure François*, en carta dirigida al P. Martín de la Vera: «Le mandaré copiado también en el reverso de la página siguiente la inscripción que el autor del Mercurio Gálico asegura que ha sido destinada a ser grabada en la columna erigida para perpetuar la eterna alianza entre Felipe IV y el Príncipe

¹⁴ Creemos completamente infundadas las dudas de Amalio Huarte sobre si se llevó a cabo este monumento cuando nos dice en su artículo *El relacionero Andrés de Mendoza*, las siguientes palabras: «Nos quedaremos dudando si tal inscripción letrero no fue más que artificio que el Relacionero usó para perpetuar los abrazos que, al despedirse Felipe IV y sus hermanos, del Príncipe de Gales, Carlos Eduardo se dieron en el Campillo cerca del Escorial» (*Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid*, II [1925], pág. 23).

¹⁵ ALMANSA Y MENDOZA: *Cartas, etc.*, págs. 240-241.

¹⁶ NICCIOLS, J.: *The progress of King James the First, IV*, London, 1828, págs. 915, n.º 2.

de Gales, en un lugar abrupto que llaman "Monesterio"¹⁷, pero es mejor oír a este autor que pone.» Sigue la inscripción en latín¹⁸.

La divulgación de la inscripción en las obras tanto manuscritas como impresas de la época no ofrece duda alguna; como puede verse en un códice de la biblioteca de El Escorial, ms. g. IV, 2, que perteneció al monje bibliotecario P. Andrés de los Reyes, muy amigo de David Colville, transcribiendo aquél en el f. 20v el texto del rótulo, encabezado con estas palabras: «Epitafio para la columna que se mandó poner en Campillo, en el mismo lugar donde se despidieron el Rey, nuestro Señor, y el Príncipe de Gales. Año de 1623»¹⁹. Entre las fuentes impresas, puede consultarse principalmente las diversas ediciones de la historia del reinado de Felipe IV por Gonzalo de Céspedes y Meneses quien transcribe el texto latino de la inscripción al relatar los sucesos del año 1623²⁰.

Por cierto que en la censura de Tomás Tamayo de Vargas, censor real, a la obra de Gonzalo de Céspedes (Lisboa 1631) critica el texto del epitafio de la columna-trofeo que reproduce Céspedes en su obra con estas palabras: «Desta misma suerte se introducen latines... como un letrado que se pone al folio 238 lleno de solecismos y gazafatones que el relacionero Mendoza lo puso en una relación que aquí vendieron los ciegos»²¹.

Con razón censuraba Tamayo de Vargas el texto de la inscripción que divulgó Andrés de Mendoza en su hoja volandera por la cantidad de errores que se contenía en ella. Basta leer las primeras palabras: «Hic ubi fausta sunt tulit ad... Campulo», etc.; se encuentran no solamente palabras mal escritas, sino unas son diferentes, como «nodo astrictierunt», otras en distinto orden

¹⁷ El lugar exacto de la despedida está ubicado en la dehesa de Campillo y no en la de «Monesterio», aunque ambas fincas están colindantes. Este nombre de «Monesterio» procede de que antiguamente, al parecer, existió un convento, probablemente en la época visigótica, extinguiéndose durante la dominación árabe; desaparecido el cenobio se formó aquí una villa con el nombre de «Monesterio»; al comprar Felipe II estas dehesas obligó a sus habitantes a emigrar, compensándolos generosamente, en 1597; la casa señorial, donde residieron de paso los Reyes Católicos, fue transformada en un bello palacete de caza, según las trazas de Francisco de Mora, que juntamente con la iglesia antiguamente parroquia de Santa María de Marrubial han permanecido hasta el siglo XIX; hoy la iglesia ya no existe y el artístico palacete está semiarruinado; todavía permanece en pie ante la mansión señorial un gracioso arco aislado, creo que del siglo XV.

¹⁸ Cf. ANDRÉS, Gregorio de: *Cartas inéditas del humanista escocés David Colville*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 170 (1973), pág. 142-146.

¹⁹ ANTOLÍN, G.: *Catálogo de los códices latinos de la Real Biblioteca del Escorial*, II, Madrid, 1911, pág. 284; ZARCO CUEVAS, J.: *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca del Escorial*, I, Madrid, 1924, págs. 171-173.

²⁰ CÉSPEDES Y MENESES, Gonzalo de: *Primera parte de la historia de Felipe IV*, Lisboa, 1631, pág. 334.

²¹ Cf. «Censura a la historia de Felipe IV de don Gonzalo de Céspedes y Meneses por Tomás Tamayo de Vargas», publicada por C. PÉREZ PASTOR, *Bibliografía Madrileña*, III, Madrid, 1907, págs. 134-136

y hay también palabras omitidas; creo que la inexacta transcripción del epitafio se debe no tanto a la copia de Mendoza, sino a la ignorancia del latín de los tipógrafos, causantes de estos «gazafatones»; pues la necesidad de la difusión rápida de las noticias no permitió una corrección detenida de las pruebas de imprenta. La pericia latina de Andrés de Mendoza está fuera de toda duda; como evidencia la congratulación en lengua latina que Mendoza compuso en Segovia el día de la llegada del Príncipe de Gales que éste «premió con tres mil reales, muchas honras y muestras de gusto»²².

El mismo Tamayo de Vargas no deja de reconocer la valía de Andrés de Mendoza, cuando afirma en su censura a la historia de Céspedes y Meneses estas palabras: «El que más publicó en estos tiempos fue un Andrés de Mendoza, cuya fe y autoridad ninguno dejó de conocer, porque lo era...»²³.

En cuanto a los errores cometidos en la transcripción del texto latino del letrero de la columna que reprodujo Gonzalo de Céspedes y Meneses en su historia del reinado de Felipe IV son debidos también a la negligencia del autor en la corrección de pruebas, además que algunas palabras están cambiadas no sé por qué razón. En general son pocas las inexactitudes y muchas menos que en la relación de Mendoza; como escribir «Campulo» por «Campillo», «venacione» por «venatione», «is fama» por «i fama», etc. Es natural que, por estos descuidos, mereciera la acerba censura con que le estigmatizó Tomás Tamayo de Vargas.

No he llegado a averiguar en qué forma iba la inscripción en el monumento. Si fue grabada en la base de la columna o en una lápida de bronce, mármol o madera, en este último caso podrían ir pintadas, colocando el letrero en el pedestal o en la zona superior del obelisco.

Se ignora durante cuánto tiempo permaneció la columna inhiesta. Según mi parecer, creo que hasta principios del siglo XIX, ya que la dehesa, propiedad del Monasterio de El Escorial, tenía la garantía de estar bajo el patronato real y la vigilancia de la Junta de Obras y Bosques.

En la Guerra de Sucesión, cuando llegan las tropas portuguesas bajo el mando del Marqués de Minas a El Escorial en 1706 y acampan en esta finca, es natural que respetaran este monumento austríaco de cuya causa eran ellos defensores. Consta, además, el respeto y orden que observaron durante su permanencia en estos sitios reales²⁴.

²² «Relación de la partida del serenissimo Principe de Walia», etc., fol. 4r.

²³ La producción bibliográfica de Andrés Almansa y Mendoza ha sido descrita por J. SIMÓN DÍAZ: *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, V, Madrid, 1958, págs. 178-194.

²⁴ ANDRÉS, G. DE: *Un episodio de la Guerra de Sucesión en El Escorial*, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, V (1970), pág. 161.

No se puede decir lo mismo en 1808, cuando las tropas francesas se alojan en estos lugares, quedando estas feraces dehesas abandonadas por la huida de los monjes atemorizados por la llegada de las tropas invasoras. Entonces es cuando este monumento se pierde, ciertamente por desidia, siendo derribada la columna, no sé si por manos humanas o por los agentes atmosféricos que lentamente todo lo arruinan. Lo cierto es que en el siglo XIX ningún escritor escurialófilo menciona la existencia de esta columna-trofeo en la dehesa del Campillo que durante dos siglos había mantenido fresco el recuerdo de tan noble despedida.

No obstante, en 1965, aguijoneado por la curiosidad, me encaminé en compañía de dos amigos a la finca del Campillo para ver si todavía quedaba algún vestigio de la famosa columna-trofeo que erigiera Felipe IV.

Guiados por las indicaciones del administrador de este predio, don Gregorio Avilés, subimos al altozano de Mata Guadarrama, y, cuál no sería mi asombro, al encontrar al pie de la roca que enseña el cerro, la mitad del monumento y a unos cien metros más allá la otra parte que completaba la columna.

Ante este sorprendente hallazgo, comunicado a nuestro amigo el escurialófilo don Luis Auberson, hicimos las gestiones pertinentes ante el dueño del Campillo, don Remigio Thiebaut, para que permitiera volver a erigir este monumento en su primitivo emplazamiento. Obtenido su beneplácito y con la cooperación entusiasta de los embajadores ingleses en Madrid señor Labouchere y señora y el generoso apoyo de su consejero don Bernardo Malley, tan conocido en los medios escurialenses, se volvió a alzar el obelisco. Celebramos su inauguración el 29 de enero de 1966 con un emocionante acto en que se leyó un breve discurso por el autor de este artículo, relatando la historia de este monumento.

Al remate de la ceremonia la señora embajadora, con exquisita gracia femenina, ofrendó al pie de la columna-trofeo dos macetas enguirnaldadas de lozanas y fragantes flores, una de rosas, de color encarnado muy vivo, en honor de la Infanta española y la otra de claveles rojos en homenaje al Príncipe de Gales, como símbolo de aquellos dos tan enamorados corazones que tan ardientemente desearon unir sus cuerpos y sus almas.

En esta reinauguración del monumento acordamos denominar al monolito con el nombre de LA COLUMNA DEL ADIOS.

Como final de este artículo vamos a reproducir el epigrama latino que se conserva en la Biblioteca Real de El Escorial²⁵, tal vez inédito, compuesto

²⁵ Ms. Esc. g. IV. 2, fol. 20v. La letra es del P. Andrés de los Reyes.

por el Príncipe de Gales, Carlos Estuardo, al cual sigue su versión en romance en tres redondillas; no sabemos si también es producto de su ingenio; la composición exterioriza la ardiente y deliciosa pasión de un enamorado por su amada:

EPIGRAMA DEL SERENISIMO PRINCIPE DE GALES

Fax grata est, gratum est vulnus, mihi grata catena est,
me quibus adstringit, laedit et urit amor.
Sed flammam exstinguit, sanari vulnera, solvi vincla,
etiam ut possint, non ego posse velim.
Mirum equidem hoc genus est morbi, nam incendia et ictus
vinclaque, vinctus adhuc, laesus et ustus amo.

Dulce para mi el ardor
y dulce la herida fue
y dulce el lazo con qué
me ató, llagó y quemó amor
Tanto que si pudiera
la llama apagar, sanar
la herida y desenlazar
el lazo, no lo quisiera
Raro este tormento ha sido,
pues quiero, como a mi vida,
el fuego, el lazo, la herida,
abrasado, atado, herido.

Como apéndice a este artículo vamos a insertar la relación que Andrés de Mendoza publicó en octubre de 1623, refiriendo detalladamente el viaje de regreso del Príncipe de Gales desde Madrid a Santander, con la estancia en El Escorial de tres días, profusamente festejado en todas las ciudades de tránsito. Nos mueve también a su publicación la rareza de esta relación, puesto que existen escasamente dos o tres ejemplares ²⁶.

²⁶ Hay dos ediciones diferentes de la relación de la partida del Príncipe de Gales de Mendoza, una editada en la imprenta de la viuda de Alonso Martín. Año 1623, «Véndese en la Torre de Santa Cruz», como se anota en el colofón; la cual es la que editamos en este apéndice. La otra, impresa en la imprenta de Diego Flamenco; de la primera existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional sign. V/226-6; de la segunda en la sign. R/V.192-65; ambas están descritas por J. SIMÓN DÍAZ: *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, V, página 181, n.º 1137 (ejemplar de Flamenco) y pág. 181, n.º 1138 (ejemplar de la viuda de Alonso Martín). En el ms. 8719 de la Biblioteca Nacional que contiene una colección de documentos sobre el proyectado casamiento del Príncipe de Gales existe otro ejemplar de esta relación editada por Diego Flamenco y que, según mi parecer, no ha sido citada por nadie. La explicación de que se hiciera casi al mismo tiempo dos ediciones de la relación de la partida del Príncipe de Gales está, a mi entender, en que agotada rápidamente la primera edición, fue preciso hacer una segunda para satisfacer la demanda de esta gacetilla de noticias sobre lo sucedido desde Madrid hasta Santander en el viaje de partida del Príncipe inglés.

RELACION DE LA PARTIDA DEL SERENISIMO PRINCIPE DE WALIA, QUE FUE A NUEVE DE SEPTIEMBRE DE ESTE AÑO 1623

A DON ALONSO NELI DE RIBADENEIRA, SEÑOR DE VEGA DE PORRAS, VECINO DE VALLADOLID

Dijo el prodigio de Córdoba, enseñanza de Roma (Séneca) ser la primera parte de la ingratitude, olvidar el beneficio. Los que recibí del señor don Francisco de Ribadeneira, caballero del hábito de Santiago, padre de V. M., no me permite la obligación pagarlos en silencio, que, para reconocerlos, puedo decir madrugó en mí el sol de la razón. Y pues, por disposición legal, representan los hijos a sus padres, lo que debo al suyo, pago en parte, poniendo a los pies de su censura (por mi obligación, por su ingenio y más que humanas partes) este último discurso de la salida y grandezas del Príncipe, sino las baja de quilates la cortedad del mío. Vale.

ANDRÉS DE MENDOZA

Siendo la venida del serenísimo Príncipe de Walia a estos reinos la más nueva acción que en persona real han visto los siglos, en que oscureció los ejemplares antiguos, pasó las naciones y dio cierta esperanza de grandes felicidades; y lo discurrido cerca de su venida, tan fuera de los límites de la razón ordinaria, como de varias relaciones más se ha visto y sabido; y descubierto en ellas puntos de urbanidad, grandeza y galantería, me pareció correrme obligación de escribir su partida, que tiene, como se verá, tantas circunstancias de gusto.

Para lo cual se determinó el día 9 de septiembre, y por el Conde de Olivares, como caballero mayor, consejero de Estado, y mayor confidente del Rey; se dieron las órdenes, en que le acompañasen los doce gentileshombres de la boca, que asisten a su servicio, Condes de Villamor, de Mejorada, de Villafranqueza y Cantillana, don Juan de Saavedra el Galán, don Diego de Zárate Landi, don José de Samano, don Antonio Zapata, don García de Castro, don Juan de Córdoba, don Alvaro de Guzmán, don Pompeo de Tarsis, todas personas de conocida y gran calidad, que ellos y sus criados, en la ostentación de coches, literas, joyas, galas y libreas, ostentaron la grandeza de sus personas, la obediencia y gusto que suelen en lo que se les encomienda.

En el carruaje se dio orden al licenciado don Luis de Paredes, alcalde de casa y corte, y fue menester todo su cuidado para tanta prevención como para el Rey e Infantes, demás del Príncipe, se ofrecía; y el aderezar los caminos y allanar los puertos al licenciado don Juan de Quiñones, teniente de corregidor de Madrid, que mostró, como en todo, su talento y deseo de servir al Rey. Proveerle a bastimientos, administrar justicia a las partes y gobernar la república, tan necesaria de gobernar, como cocheros, litereros y mozos de mulas, se cometió al licenciado don Diego Francos de Garnica, alcalde, que no será de los menores servicios que ha hecho.

Ordenóse al Cardenal Zapata, Marqués de Aytona, Conde de Gondomar, consejeros de Estado, le acompañasen y asistiesen para todo lo que fuese necesario tratar y consultar

al Rey; que, como ninguna acción de los Príncipes deja de tener tanta variedad de accidentes y los nuevos cuentos ocasionan el discurso, es fuerza disputar los puntos de Estado. Y se mandó al Conde de Monterrey, presidente de Italia, seso tan acreditado como conocido, fuese sirviendo a su Alteza, por el gusto que había mostrado en hacerlo después de su venida y por la aceptación que le había hecho el Príncipe; y se le mandó se juntase con el consejero de Estado para tratar lo que se ofreciere; y por secretario don Andrés de Prada y Losada, caballero del hábito de San Juan, merecedor aún de mayores cosas.

La casa del Rey con oficios doblados todos del mayor al menor, a orden del Conde de Barajas, su mayordomo.

La Cámara con todo lo a ella perteneciente a la del Duque de Bóquingan; atendiendo en esta parte a que los más gentileshombres de ella eran caballeros ingleses; y siendo los oficios menores de los nuestros, era menor inconveniencia pasasen debajo de la obediencia ajena, que obligar tanta nobleza a órdenes nuevas; al Duque le sirvieron y acompañaron los criados y pajes del Conde de Olivares, que lo hacían desde el día de su venida.

Caballería y acemilería, con todo lo que pertenece a ellas, a cargo de don Francisco Zapata, caballero del Rey, que se fio muy bien a su experiencia; y entre las demás personas, tantas como varias que se sigue en esta parte, iban don Jacinto de Castelví y don Antonio de Tarsis, don Jerónimo de Tapia y don Manuel Gutiérrez, pajes del Rey; los primeros del hábito de Calatrava y los otros de Santiago.

El teniente de correo mayor, Santiago de Saldaña y sus ministros, y las guardias española y alemana a orden del de Barajas; y todo lo que pende de tantos señores, los cuales todos se extremaron en el ornato de sus personas y libreas de sus criados.

Su Majestad presentó al Príncipe, y el Marqués de Flores de Avila, su primer caballero y gentilhombre de su Cámara, en su nombre, diez y ocho caballos españoles, seis moriscos, seis yeguas de vientre y veinte potros encubertados con mantas de terciopelo carmesí guarnecidas y largueadas de pasamanos de oro y escudos de sus armas; y el uno de ellos con silla de borienes, y los demás aderezos, bordados de perlas riquísimas, tan digna de su Majestad como de su Alteza; y dos garañones con las hembras y una pistola y espada y daga y aderezo de ellas, de diamantes de gran estimación; ochenta escopetas, igual número de ballestas, con que había servido el Duque de Medina Sidonia y la espada y pistola, el de Osuna a Su Majestad, y cien espadas escogidas entre todas las de la corte. Y el Príncipe dio al Marqués de Flores una excelente joya de diamantes.

Y al Duque de Bóquingan doce caballos españoles, cuatro moriscos, cuatro yeguas y diez potros encubertados de mantas de terciopelo carmesí guarnecidas de oro; y entre espadas y escopetas, cincuenta; y un cintillo de diamantes de valor de treinta mil escudos.

Y al capitán de la guardia, que es uno de los más gentiles caballeros y de buena arte que vinieron, doscientos botones de diamantes y cuatro caballos, y entre ellos pasamuros; y otros dos al Conde de Endem, tantos al Conde de Arundel, tantos al Barón de Amiltor; tantos al Conde de Garlet; y otros seis a tres consejeros de Estado de Inglaterra, y cincuenta mil ducados de joyas a los caballeros ingleses, dádiva de tal monarca.

La Reina, nuestra señora, presentó al Príncipe, además de la blanquería, cincuenta cueros de ámbar sin cortar y ciento cincuenta cabritillas, que tenían de valor gran suma de escudos.

El Conde de Olivares, además de varias pinturas y otras cosas de menaje de casa, riquísimas, sirvió a su Alteza con tres sillas de manos, tan ricas, como para tan gran Rey, la una de concha de tortuga; reserváronse, dando la una al Duque de Bóquingan; para servirse de ellas en Londres, su padre, su Alteza, y el Duque.

Don Jaime Manuel de Cárdenas, Marqués de Belmonte, le dio cuatro caballos berberiscos; y su Alteza mandó dar a quien los llevó una cadena lucida.

Fueron dos veces su Alteza y su Majestad a despedirse de la señora Infanta y demás personas reales al monasterio de las Descalzas, por tantas razones grande, donde de su Alteza con lágrimas de gozo fueron agasajados; y mandó su Majestad que entrasen con el Marqués de Villena, el Príncipe de Esquilache y otros señores que tenían hermanas e hijas en él. Y su Alteza dio al Príncipe muchos escritorios de olores, flores y cosas de curiosidad y riqueza.

Fuéronse despidiendo de su Alteza los embajadores, Grandes y consejeros de Estado, todos; del cual fueron honrados, y les agradeció el cuidado que en las juntas de sus negocios habían tenido; y a todos los religiosos y personas grandes, eclesiásticas y seglares de la Junta, envió a visitar y agradecer lo mismo; que, como a la grandeza no falta a la urbanidad, nada ignoran los reyes, que, o nacen sabios o sus ministros los hacen.

Jueves a las siete, en la presencia del Consejo de Estado, en manos del ilustrísimo Patriarca de las Indias, juró su Alteza las capitulaciones matrimoniales y los de convención de Estado, sobre los santos Evangelios; y después lo juró su Majestad.

La tarde del día siguiente, a las cinco, fue su Majestad en público por el Príncipe; la gala, negro y joyas, por la tristeza del despedirse; y su Alteza no sacó joya alguna. Fue tan grande el concurso, que, ni el respeto de la Majestad ni el miedo de los guardias bastó a despejar; tanto ama España a sus reyes, tan natural se ha hecho el amor del Príncipe; tanto lo ha grangeado su confianza y docilidad del trato; tanto se granjean los españoles con blandura, efecto grande de su valor. Y también, como hijo del mayor político y entendido Rey, con tan admirable valor, lo supo imitar; su Alteza la Reina, y Princesa, acompañada de todas las señoras de la Corte, embajatrices, dueñas, damas y meninas los esperaban, que, habiendo entrado, los salieron a recibir fuera de la tarima. Y vueltos a ella todos, se despidió de la Reina, nuestra señora, sin intérprete, en lengua francesa, y después, por medio de su embajador ordinario, que interpretaba a la Princesa, con quien estuvo casi media hora. Y ella con la gravedad y modestia que de persona tan grave y tan advertida, se debe inferir en acto público.

Dióle una carta para la santa monja de Carrión, diciéndole que, pues, pasaba por allí la visitase, que era persona cuya virtud merecería la honra de su Alteza; que en ella le pedía encomendase a Dios su viaje y sus acciones. Ofreciólo así su Alteza; y la Princesa le encomendó los católicos de Inglaterra con decirle que por cada uno pondría su vida; para que inferiese cuánto debía estimar el mirar por ellos. También lo concedió; y besaron la mano a la Reina y Princesa todos los señores y caballeros ingleses.

El ilustrísimo Nuncio escribió a la monja y le envió el precepto de alzar la clausura y del modo que había de acariciar y servir a su Alteza como cosa tan necesaria al bien de la Iglesia Católica.

Y despedidos y acompañados de los señores Infantes y en su coche, el Duque del Infantado, Conde de Olivares, el Duque de Bóquingan y Milor de Deibi; los españoles al lado de su Alteza, los ingleses al del Rey, fueron a las Descalzas a despedirse por último de sus

LÁMINA I

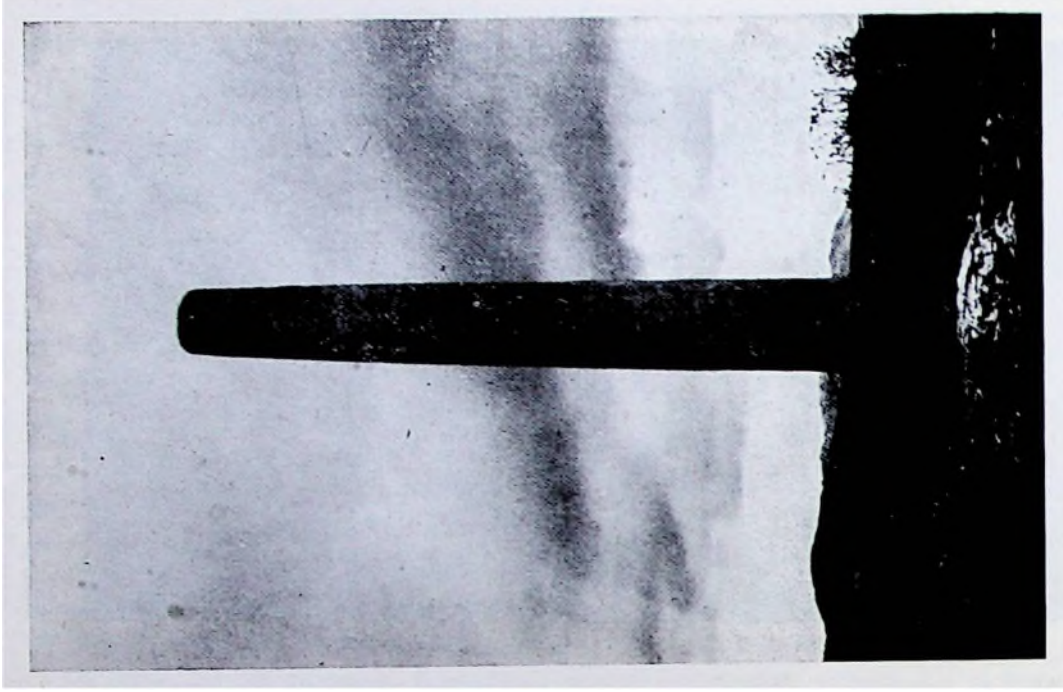


Carlos I de Inglaterra, por Van Dyck. (Museo del Prado, n.º 1.484.)



Maria de Austria, hermana de Felipe IV y emperatriz de Austria, por Franz Luyck. (Museo del Prado, n.º 1.272.)

LÁMINA II



Vista del monumento, con el fondo de la dehesa de «Monesterio».



Detalle del cuadro de G. Leonardo (?) «Vista del Campillo» (siglo XVII), en lontananza se ve esta columna, tal vez sea la que levantó Felipe IV en la despedida del Príncipe de Gales.

Altezas, llevándose tras sí este gran lugar; volvieron de noche. Y se publicaron después las dádivas y mercedes de su Alteza, tales como de tan gran príncipe, a las personas, que se verá, en que mostró la grandeza de su persona y de su talento y la estimación que de su Majestad tienen y deben tener todos.

Al Rey, nuestro Señor, un aderezo de espada, guarnecida de diamantes, que en la menor estimación se hace grande la dádiva; y su Majestad le dio a quien la trajo una joya, como de Rey.

A la Reina, nuestra señora, un diamante grande y tan limpio que le tienen por de veinte quilates; y un triángulo y dos arracadas de diamantes, como unas cermeñas medianas, y grandes en el valor, mayores en el arte; y su Majestad de la Reina dio a la guardajoyas que lo llevó tres mil escudos.

A la señora Princesa una sarta de docientas cincuenta perlas, grandes calabazales, de media perfección y a cinco quilates; y una áncora con un diamante, que no le osan tasar; y dos perillas para las orejas, de valor inestimable; y otras dos perlas para ellas muy grandes.

A las dos camareras mayores, Duques de Gandía, Condesa de Lemos, a los mayordomos mayores, Duque del Infantado, Conde de Benavente, joyas de diamantes; y el Duque dio quinientos ducados a quien lo llevó; y a diez y siete damas y meninas, diez y siete joyas, tan de estima en el valor como en el arte.

Al señor infante D. Carlos, un diamante en punta en una jarra, puesto en sortija, como dádiva del Príncipe a su Alteza.

Al señor Cardenal Infante, un pectoral de diamantes topes y una perla pendiente, que puede suplir ausencias de la Peregrina.

Al Conde de Olivares, un diamante grande que llaman el Portugués y era del rey D. Sebastián; es de ocho quilates y pendiente de él una perla de estimación. Y el Consejo dio al guardarropa y a D. Antonio Porter y a D. Tomás Crey, de la Cámara de su Alteza, joyas de estima y a cada, seis espadas excelentes y los aderezos de ellas.

A la Condesa de Olivares, una cruz de diamantes muy grandes, en forma de columna; y a doña María de Guzmán, su hija, una joya de gran suma de escudos. Al Almirante de Castilla, una gran joya; y dio su excelencia dádiva de mil escudos a quien la llevó; al Marqués del Carpio, lo mismo. Al Duque de Híjar, al Marqués de Mondéjar, al padre confesor del Rey, al obispo de Segovia, quatro joyas de diamantes, dignas de tales personas y de quien las dio. Y a todos los gentiles-hombres de la Cámara, sortijas de grandes diamantes; y a los consejeros de Estado, dobladas en la grandeza las piedras.

A catorce pajes del Rey, tantas cadenas y cincuenta y seis mil reales de ellas a los oficiales menores que asisten; a la guarda de los archeros, cuatro mil escudos; y el Príncipe y el Duque dio cada uno una sortija muy buena a D. Melchor del Alcázar, mereciósela su ingenio y asistencia. Al Conde de la Puebla del Maestre, una cadena de mil y ciento y diez y siete diamantes y una joya de cuarenta y siete con un retrato suyo.

El Duque de Bóquingan dio a D. Rodrigo de Aguiar y a D. Pedro Ares, criados del Conde de Olivares, dos hábitos, duplicóles las cruces de diamantes; y las mismas a D. Juan de Santa Cruz y D. Pedro de Vega; y a trece pajes, trece cadenas de oro; y a los oficiales y criados menores, gran suma de dinero. Y a todos los que llevan los caballos y otras cosas a Inglaterra, grandes dádivas de dinero y cadenas, reservando para ella el hacerlas más

merced; y lo mismo el Príncipe a los gentileshombres de la boca; a Marco Antonio Daroque y a D. Juan de Fonseca Rabelo, entretenedores acerca de la persona del Rey, a cada, mil y quinientos escudos; estimóse todo en más de seiscientos mil ducados.

El sábado al amanecer se partieron el Príncipe, Rey e Infantes y casi toda la corte y las casa de todos a S. Lorenzo, donde llegaron este día. Y el siguiente se mostró a su Alteza, acompañado de las personas reales, por mayor la casa, por menor el panteón, sepulcros, sacristía, coro, librerías, claustros y jardines, que lo admiró como merece y a todos aquellos señores les pareció, no sólo mayor que la fama, más aún del concepto que de ellos se tiene, que con razón se alzó con el nombre de Octava Maravilla y epílogo de las demás.

Lunes siguiente, onces, se gastó, entretanto que iban llegando los de la jornada, en ver La Fresneda y bosques, y también en cazar en ellos.

El martes por la mañana lo mismo. Y habiendo determinado su Majestad y sus altezas, acompañarle hasta el bosque de Valsaín, el Príncipe le pidió, atendiendo al preñado de la Reina, no hiciese más ausencia. Su Majestad resistió, y al fin se dejó vencer de su Alteza, sino bastaba la demanda tan justa suya, que un enamorado en nada contradice a los amantes.

Partieron de San Lorenzo, y en El Campillo, lugar destinado a despedirse, se apearon; y sentados, por más de media hora conversaron. No se induce en qué materia, porque lo arcano y sacro de los reyes, como dijo el Arcángel Rafael a Tobías, *abscondere bonum est*. Después se abrazaron, y sus Altezas llegaron a lo mismo. Y al Rey besaron la mano todos los señores ingleses y al Príncipe los españoles; y de ambos fueron con grandes honras acariciados; tornándose a abrazar, con grandes muestras de amor, se mandó levantar un trofeo con la inscripción del suceso, en el lugar de la despedida.

Y el Príncipe partió a dormir a Guadarrama, en su coche el Duque de Bóquingan con el de Monterrey, Conde de Godomar y el embajador ordinario de su padre; y el Rey y sus Altezas a Madrid; y esta noche el Almirante de Castilla y León, en nombre de su Majestad, y con el acompañamiento y lustre de criados que sabe se debe, asimismo por la posta visitó al Príncipe, y al Rey otro de los señores ingleses.

Miércoles fue a comer a Valsaín, en que mostró alegría de la casa y bosques, y extrañeza del sitio. Y a las cuatro entró en Segovia, donde concurrió toda la tierra. Admiró el edificio de la Iglesia y el del Alcázar, que, en descubriendo su coche, le hizo salva de artillería, mucha y buena. Y apeado miró la casa toda, engrandeciendo la memoria del Segundo y prudente Felipe su reedificador y gustó de ver sus armas junto a las de estos reinos en los escudos de la segunda sala, obra de D. Enrique el Tercero, que casó con nieta de los reyes sus progenitores.

Habiase ordenado al Conde de Chinchón, alcaide de aquella real casa y tesorero de la moneda, le hospedase; e hizolo con la grandeza de su gran calidad y de su gran ingenio, que le aguardó a la puerta, acompañado de su teniente, de la guardia y capitán del Alcázar, y de sus criados, todos lúcidamente aderezados, y le ofreció la llave maestra y doble; porque la principal de la fuerza sólo se le da a la persona del Rey, o alzándole el pleito homenaje.

Quiso merendar su Alteza, y el Conde le sirvió, entre gran número de regalos, con unas empanadas de truchas de extraordinaria grandeza, y don Sancho Girón, caballero del

hábito de Alcántara, corregidor (gloria de Talavera, su patria) con un presente de las cosas de leche, tan celebradas de aquella ciudad, que le estimó y mandó agradecer.

Después, en forma, la ciudad con maceros le fueron a besar la mano, a quien honró, descubriéndosele, y no permitiendo el afecto de besársela, abrazándola con muestras de gozo.

Después bajó a ver la Casa de la Moneda, donde el Conde asimismo le ofreció las llaves y el Alcázar le hizo salva. Vio todos los ingenios, y en su presencia se labraron de todas las monedas; y después de haber admirado el modo, el Conde de Chinchón le sirvió en fuentes con más de tres mil escudos, diciéndole que era la fruta de aquellos jardines, en doblones de a ciento, de a ocho, cuatro, dos, y sencillos; reales de a cincuenta, de a ocho, y de allí hasta medios; admitió el servicio; y entre aquellos señores y caballeros que gustaron de la hermosura de la moneda, repartió algunos, los demás con gran gusto los esparció al pueblo, que con muchas bendiciones le miraba.

Vuelto a palacio, habiendo cenado, se coronó el lugar de luminarias y fuegos y el Alcázar de gran suma de hachas y unos hachones artificiales de mucha luz, buena invención, y le sirvió con una máscara tan lucida de treinta y dos caballeros, que pudiera muy bien lucir en la Corte, en que hubo libreas de telas y tabies y excelente gineta; disparó el Alcázar su artillería, que se mezcló al ruido de campanas, trompetas, chirimías; y gastó parte de la noche; teníanle prevenido toros, y doce lanzadas; y la prisa del viaje no dio lugar al servicio; que los enamorados, como es fuego amor, obran fogosamente, y aunque la táctica es como se aparta de lo que quiere, se responde, que la ansia de volver solicita la fuga.

Dio su Alteza al de Chinchón una joya de tres mil ducados; y él a quien la trajo una cadena de trescientos; y la joya a nuestra Señora de la Fuencisla, para que encaminase su viaje y acciones; y los capellanes de aquella iglesia dijeron la misa conventual este día por el intento.

Mandó dar a los oficiales de la casa de la moneda y artilleros, a doscientos escudos; y los mismos a D. Juan de Torres, poeta repentino, que le glosó con ingenio y elegancia algunos versos; y a Andrés de Mendoza, autor de esta relación, que él dio una congratulación en lengua latina a la felicidad de sus bodas tres mil reales, muchas honras y muestras de gusto.

Y a las cinco de la mañana partió, alegre del agasajo recibido en aquella ciudad, a comer a Santa María de Nieva, el siguiente a Santiuste, a dormir a Olmedo, sábado a comer a Valdestillas, y a las dos a Valladolid, donde la chancillería, ciudad y universidad le besaron la mano, con grandes acompañamientos; a quienes honró, con muestras de alegría; túvola de lucimiento de los señores en que mostraron el deseo de servir a su Rey y concelebrar la alegría de la venida del Príncipe, que su Majestad ha mostrado; entre los cuales, el Marqués de los Vélez y Conde de Alba de Aliste, se señalaron en grandeza de criados, lucimiento de sus personas y riqueza de las libreas, a los cuales honró como merecen y como él sabe hacerlo; fue a ver la Huerta del Rey; gustó de algunas pinturas de Rafael de Urbina y Miguel Angel, y de la fuente de piedra de alabastro, que al señor cardenal, Duque de Lerma, dio el serenísimo gran Duque de Toscana, sirviósele con ello; es la de Caín y Abel; y de la ciudad le contentó la riqueza de sus tiendas; la cual le sirvió con fiestas de fuegos, que no quiso aguardar otras.

Y dejando en los oficiales de palacio y de la Huerta rastros de su magnificencia, partió a Dueñas, donde de orden, el Duque de Cea, Adelantado de Castilla, se le hospedó y festejó;

y en Palencia le recibió y festejó el Obispo, a quien dio una gran joya, y a sus criados, mayores y menores, dádivas de dinero; de allí partió a Carrión; vio y estuvo hora y media con la santa monja; dióle trescientos escudos de limosna. Visitó las antigüedades de la ciudad y partió a Frómista; y hospedado en la casa del Marqués, de su orden se le sirvió con regalo de comida grande y lucido; lo mismo en Aguilar de Campó por el Marqués de ella; y en Herrera de Río Pisuerga lo previno asimismo el Condestable de Castilla y León, que su gran cuidado y la grandeza de su casa nada olvida en que poder mostrarla.

Llegado a Santander, quiso ver su nave; metióse en ella con algunos de los señores ingleses y españoles; levantóse una mareta y borrasca tan deshecha que no pudieron tomar tierra hasta las diez del día siguiente, donde aguardaban la conjunción del domingo. Pasada, se hacían a la vela; aguardábanle la mayor parte de los señores de su reino, con grande ostentación; y el suegro del Duque de Bóquingan, persona católica y de estimación; y todos los criados de su Alteza con libreas de terciopelo carmesí; y los demás con grandes galas; donde llegó don Diego de Mendoza, señor de Alcorzana, que en nombre de su Majestad va a dar al rey su padre la enhorabuena de su llegada, y de allí ha de ir a Alemania, Flandes y Francia, a dar a aquellas majestades y altezas cuenta de estos dichosos conciertos; el cual lleva de joyas y aderezos de su persona y criados lo que de un Mendoza y tal se debe inferir.

Domingo veinte y cuatro, su Alteza dio a los del Consejo de Estado y Conde de Monterrey un banquete a su mesa, como suyo; y a los demás señores y caballeros, así ingleses como españoles, otro en diferente navío; de mar y de tierra en todo real; y esta noche se despidió; y ellos volvieron a tierra, de donde no partieron hasta perder de vista a las naves. Aguardaba allí a su Alteza su armada y las de estos reinos. Y corta el autor el hilo a la narración, reservando a menos vulgar pluma lo demás hasta su llegada a Londres.

Con licencia del señor don Gonzalo Pérez de Valenzuela.

En Madrid, por la viuda de Alfonso Martín. Año 1623.

Véndese en la Torre de santa Cruz.